

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

El ojo pelón



La noche del miércoles al jueves fue, aquí en la Ciudad de México, un oscuro y candente trayecto por un caldero de brea hirviente e invisible.

Todos hemos visto esas películas de ambiente medieval donde los caballeros que deciden tomar un castillo organizan de inmediato un lucido día de campo para ellos con perdices, vino abundante y atractivas vaqueritas del Medioevo que se materializan quién sabe cómo ni de dónde. Supongo que las llevan en unos baúles acolchonados y con rejillas. Hagan de cuenta las miniperreras que se emplean para subir canes a los aviones. El caso es que ahí están los señores brinde y brinde y sobe y sobe y así, ya bien instalados en un ameno coto, le dicen a los de la perrada: ¡soldados míos!, avancen sin titubear sobre ese castillo y no descanséis hasta haberlo tomado para nombre y gloria de los señores D'Aguincourt. En cuanto lo logréis, enviadme heraldos anunciando el triunfo para que podamos proceder a los festejos correspondientes. No

toquéis a las damas, ni a la cava. Esto es cosa nuestra. Y ya se me están yendo. Avanzad con bravura. Las huestes formadas por puros desnudados con un casquito que les nada en la cabeza avanzan decididas, colocan sus rústicas escalas contra las paredes del castillo, los defensores intentan empujar estas escalas al vacío y si esto ya no era posible por congestiónamiento de escala, entonces les arrojaban grandes peroles llenos de aceite y de brea hirvientes. Han de perdonar, lectores amados, esta breve digresión que era indispensable para mostrar las terribles sensaciones que vivimos los que intentábamos dormir en la hostil noche que va del miércoles al jueves de esta semana. Me van a disculpar la novedosa expresión, pero hacia las cuatro de la mañana todo estaba congelado de calor ("Amor es yelo abrasador, es fuego helado". Dice Don Francisco de Quevedo).

No pienses, lectora lector querido, que pretendo convertir esta columna en una especie de boletín meteorológico de lo que me ocurre en diversas latitudes, preferentemente en la Ciudad de México. Yo sé que eso, como tal, a nadie le importa. Nadie compra un periódico para saber si Dehesa durmió bien o se le enrolló la piyama, si tuvo calor o si tuvo frío, o qué demonios tuvo. Esto lo sé; pero sé también que no soy, en ningún sentido, un ser excepcional y que me pasa lo que le pasa más o menos a todo mundo. Hice la salvedad del más o menos

porque, no a todos, les ha ocurrido despertar a medianoche en un hotel de provincia acicateados por una urgencia renal impostergable; pararse, ponerse las pantuflas y trasladarse a máxima velocidad al baño para vivir la rara sensación de que la atmósfera violentamente se solidifica, nos repele, nos tira de sentón al piso donde dedicamos varios minutos a acordarnos de que una puerta del ropero estaba vendida y por más que la cerraras, tercamente insistía en abrirse. Fue así como obtuve uno de los chichones más memorables de los muchos que me han brotado violentamente por el cuerpo. Pero ya no me distraigan; estábamos en que está haciendo un calor bruto de día y de noche aquí en la Capital y, según mis informantes, en el resto de la república. Mi amiga Conchita que tanto lo admira, quiere pedirle a mi amigo El Marce que le apure con las albercas pues ella ya lleva 15 días en traje de baño. Si todavía se va a tardar, le suplica entonces que le envíe una pipa para ponerse directamente bajo el chorro.

Yo digo una cosa: si ya comprobamos que no podemos dormir, entonces dediquemos la noche a otras tareas más productivas y gratas. Muchachas: acepto solicitudes. Baby Doll no necesario. Yo tendré el uniforme de mi escuadrón "Las Teclotas". HOY TOCA.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDLXXI (1571)
MONTIEL.**

ENVÍO
Tarde, pero esto es para mi hermanita Maru en su cumpleaños.

